

*—¿Tú sabes lo bueno que tiene Cuba? Que no hay
armas. Si no la gente se mataría.*

Anónimo, en una guagua

Pinga es sin duda la palabra que más se usa en Cuba. Si me siento mal o me siento bien: me siento de pinga. Si alguien es bajo y ruin: es de pinga. Si no hay nada: ¡aquí no hay ni pinga! Si fulano, mengano, zutano o perengano es tonto, idiota o comemierda: es un comepinga. Si no entiendes lo que dice es porque: lo que habla es pinga. Si no tienes ni idea es porque: no sabes ni pinga. Si eres blanco de la ira es porque: estás empinga'o. Si no le vas a dar nada a alguien es que: no le vas a dar ni pinga. El grito de guerra es: ¡ni pinga! Y ¡vete al carajo! es lo mismo que: ¡vete pa' la pinga! Si algo está muy mal es porque: está de pinga y si algo está súper es porque: está bueno con pinga. Si eres buena gente: eres un tipo empinga'o. Si te das un golpe: ¡Ay, repiiinga! Si no sabes qué pasa: ¿qué pinga te pasa? Si alguien está agresivo: ¿qué pinga es la que te singa? Si no estas de acuerdo: ¿qué pinga es? Si esto no tiene que ver contigo: ¿a ti qué pinga te importa? Si una mujer está amargada o peleona es porque: está falta de pinga. Si quieres mandar a alguien a domicilio indefinido dile sin más: ¡vete pa' casa d' la pinga!

Si quieres dejar clara tu determinación y criterio propio hazlo: me sale de la pinga. En una bronca es lo primero que se reparte: ¡pinga pa' to' el mundo! Si cogen a alguien con la masa en la mano: le parten la pinga y el pene, en Cuba, se llama: pinga.

Pinga también significa sorpresa: ¡manda pinga!,
resignación: ¡de pinga!, y desolación... En ese caso no se dice,
se grita, vacía, sin acompañamiento: ¡Pinga!

El día 30 de junio de 2015, a las 12:00 del mediodía, ni más, ni menos, Roberto Ferrer Roca expiró su último suspiro. Nadie se percató del hecho. Ningún vecino, pariente, ni conocido. Nadie le echó de menos. Nadie, excepto Lenin.

El día anterior tuvo un dolor. Se tiró en la cama. Justo, el vecino del quinto, vino a traerle un buche de café pero él dijo: Viene a buscarme. Así dijo, sin que nadie se lo preguntara. Todo el mundo sabía quién venía. Nadie se preguntaba por qué. La mayoría de los vecinos ni siquiera se atrevían a cruzar el umbral de la puerta. Le faltaba un poco el aire. Justo le ofreció su inhalador. El salbutamol le ayudaría. Aspiró dos veces, con profundidad, pero el dolor no remitió. Los servicios sanitarios lo trasladaron al hospital. Según el médico de guardia tenía una simple contracción muscular por hacer sobreesfuerzo. Casi todos los días cargaba cubos de agua, tenía que hacerlo, y a su edad, ya no estaba para eso. Lo mandaron para casa. Él no quería, suplicó que lo dejaran allí; pero no quedaban camas libres. No era posible. Se fue como quien se enfila hacia el paredón. Se tomó el último trago de ron, se acostó y ya no se levantó más.

Al caer la tarde algunos vecinos vieron deambulando por el barrio a su hijastro retrasado mental, Lenin. Se veía atolondrado, ido. Hacía gestos de guillotina con la mano izquierda sobre su cuello mientras mascullaba: ¡Pinga!, pinga, ¡pinga! Parecía poseído. Era otro.

Lenin iba delgado, sucio, descalzo. Las uñas de los pies eran tan largas que apenas podía andar sin hincarse por debajo de los dedos. Daba tumbos, con torpeza y pesadez, con pereza. No miraba a ninguna parte, solo hacia adentro. El sol rajaba las piedras, pero Lenin no sudaba. Solo mascullaba y gritaba: ¡Pinga!, pinga, ¡pinga! Iba sin rumbo, perdido. Fue el único ser en el universo que sintió cuando se llevaron a Bobe.

Cuando Magda salió de El Progreso, con una pequeña cajita de caldo de pollo Avecrem, vio a Lenin gritando y rasgándose el *pullover* con tal fuerza, que se llevaba en sus uñas parte de la piel y los pelos del pecho.

–Chico, ¿qué pinga es lo que está pasando aquí? –le increpó al negro alto que estaba más cerca de Lenin.

–No se –reaccionó intimidado–, yo solo le pregunté cómo estaba y empezó a gritar: ¡Bobe se murió! ¡Pinga!, y a romperse la ropa, y a arañarse. Yo no le he hecho nada. Te lo juro.

–¿Qué te pasa Lenincito? –preguntó acercándose y mirándole a la cara–, ¿por qué estás tan empinga’o? ¿Esta gente te ha hecho algo? Dímelo porque aquí va a arder Troya. ¿Qué es eso de que Bobe se murió?

Lenin no respondió, solo la miró desconectado hasta que, de repente, volvió a gritar con más genio. Entre las pocas frases inteligibles que escupía solo sobresalían: *Bobe se murió* y *Pinga*. «¡Cojones!», pensó Magda, y una serpiente del círculo polar ártico atravesó toda su gordura y la apretó hasta provocarle temblores y sudores fríos. Podía dudar de si la sudación provenía del calor insoportable y pegajoso del mes de julio, del principio de la menopausia o de la que se estaba formando en ese momento al que llegaba gente de todas partes, pero no lo dudó ni un segundo: sudaba de miedo y de pena, de una inmensa pena y de un terror gigantesco. Cogió a Lenin por el brazo y con mucho cariño, casi susurrándole en el oído, le dijo:

–Vamos Lenincito, vamos a mi casa y me cuentas qué te pasa –nada más dar el primer paso, pisó una mierda de perro con una de sus chancletas, pero no blasfemó, ni sacudió toda su mole como de costumbre. No esta vez. En su lugar emitió un chasquido con la boca, apenas un rugido mordido y apagado y murmuró, agarrada a Lenin, mientras restregaba la chancla por las yerbas para quitar la mierda: –¡Qué asco de vida!

A esa hora el sol rajaba las piedras y no había donde guarecerse. Al principio Magda no dijo nada, dejó que Lenin se fuera tranquilizando poco a poco; como si pinchara una cámara de camión a punto de reventar y tuviera que esperar a que saliera todo el aire por un agujero diminuto y ruidoso. Fueron caminando agarrados del brazo, uno del otro, a lo largo de una larga plaza desierta con rastros de tierra roja perenne; traída desde cualquier campo cercano por los “nuevos” campesinos-mercaderes adherida a las frutas, las hortalizas y las viandas. Una plaza grande y vacía de intercambio de miserias: dinero sucio por comida sucia que con suerte, después de lavada con agua sucia, parecería hasta sana. Una plaza a la que siguen calles indisciplinadas que no se sabe muy bien donde empiezan y donde acaban, ni de donde vienen y hacia donde van; calles siempre protegidas por crotos y cardonas; calles rotas por trillos de caminar que imponen una urbanidad siempre a medio construir y a medio destruir.

Alamar es así. Todos los edificios parecen el mismo; tanto como un perro sarnoso se parece a otro. A las cardonas los vecinos las llaman “ataja negros”. Dos de cada tres personas que transitan por estas arterias improvisadas son mulatas, jabás, blancas, indias, mestizas y negras; sin embargo, a esas plantas repletas de espinas largas y punzantes no les llaman ataja mulatos, ataja jabaos, ataja blancos, ataja indios, mucho menos ataja mestizos, sino ataja negros.